

Preservando la Cosecha 01

Me he alarmado cada vez más en los últimos dos años al escuchar reportes de los hijos de familias patriarcales que han abandonado el hogar, los valores e incluso la fe Cristiana de sus padres. Generalmente llegan noticias de otro joven que ha dejado la senda y que aparentemente rechazó todo lo que sus padres le han enseñado. El problema parece ser especialmente predominante entre nuestras hijas. Y la aflicción no hace acepción de personas: no pocos líderes prominentes en la subcultura del *homeschool* y del patriarcado están perdiendo también a sus hijos. Mi esposa y yo hemos pasado incontables horas ministrando a tales familias en crisis este año recién pasado.

Y el pueblo había servido a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué, los cuales habían visto todas las grandes obras de Jehová, que él había hecho por Israel.

Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel.

Después los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová, y sirvieron a los baales. Dejaron a Jehová el Dios de sus padres, que los había sacado de la tierra de Egipto, y se fueron tras otros dioses, los dioses de los pueblos que estaban en sus alrededores, a los cuales adoraron; y provocaron a ira a Jehová. (Jueces 2:7-12)

Este problema es particularmente alarmante en el hecho que parece cortar el corazón mismo de todo lo que tiene que ver con el patriarcado Bíblico: la transmisión de la fe y la vida Cristiana a través de las generaciones. La visión multi-generacional de la renovación de la familia es uno de los ingredientes esenciales de nuestra visión de la vida. Nos ejercitamos sobre cosas tales como el liderazgo del varón, el *homeschooling*, y el cortejo porque queremos asegurarnos de que nuestra fe sea transmitida a nuestros hijos, y estas cosas nos parecen ser maneras de vivir a las que la Escritura nos alienta en el proceso de discipular a la siguiente generación.

Tener una vida de ministerio y pasión es encontrar las maneras en que Dios quiere que vivamos para asegurar que la fe Cristiana no muera con nosotros sino que llegue a ser la forma de vida de nuestros hijos y nietos y que esta fe sea vivida con un fervor y un entendimiento cada vez mayores en cada generación subsiguiente.

Esta carga se levantó en mi propio corazón porque, aunque fui criado en un hogar y en una Iglesia Cristiana aparentemente ideales, la mayoría de mis propios hermanos rechazaron la fe de sus padres a medida que cruzaban el umbral hacia la vida adulta, como lo hizo un gran número de niños que crecieron conmigo en la iglesia de mi infancia. No es demasiado decir que la revista *El Patriarca* fue fundada para tratar precisamente con este problema. De modo que mi consternación es grande cuando escucho reportes que provocan preguntas como si tendremos el éxito de generaciones recientes en la transmisión de la fe. ¿Qué está pasando aquí?

El problema es tan complejo como frecuente, de modo que no voy a pretender ser capaz de abordar todos los elementos de la enfermedad y su cura en un artículo, asumiendo que incluso yo tengo una clave en cuanto a dónde pueden encontrarse las raíces de los problemas. Pero voy a comenzar mis esfuerzos tentativos de abrir aquí los asuntos, y voy a continuar mi investigación en busca de respuestas en ediciones posteriores.

EL PLAN DE DIOS: HIJOS FIELES

Antes de mirar los factores que pueden estar contribuyendo a la deserción de nuestros hijos, quizá necesitamos preguntarnos si algo en realidad anda mal cuando nuestros hijos no siguen los pasos de nuestra fe y de nuestra vida. Después de todo, ¿Por qué debiésemos esperar que sean Cristianos solo porque nosotros lo somos?

La razón por la cual creemos que estamos de hecho tratando con un problema es que creemos que la Biblia nos dice que el patrón normal debiese ser el que nuestros hijos adopten nuestra fe y vida Cristiana y transmitan esa herencia a sus hijos después de ellos. Hemos tratado con este asunto de forma más completa en el pasado (“Hijos de la Promesa: el Plan de Dios para Salvar a Nuestros Hijos,” edición 36; también publicado en www.patriarch.com), de modo que no vamos a repetir todo lo que entonces escribimos. Pero permítanme resumir.

Dios opera a través de las familias. Él trata con personas en este mundo como individuos – nadie es salvo aparte de la fe personal en Jesucristo – pero también considera las conexiones humanas que vinculan a un individuo con otros.

Específicamente, Él promete que su gracia en la salvación fluirá a través de canales familiares a las subsiguientes generaciones de Su pueblo. Quizá la declaración más clara de esta verdad se ve en el pronunciamiento de su pacto a Abraham por parte de Dios, el padre espiritual de todos los Cristianos (Gál. 3:29): “Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por pacto perpetuo, para ser tu Dios, y el de tu descendencia después de ti” (Gén. 17:7). Pedro retoma este tema en su sermón en Pentecostés: “Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:39). Esta es la razón por la cual los hijos aún de un solo padre Cristiano son llamados “santos” (1 Cor. 7:14): están apartados del mundo y se hallan en una relación especial con Dios: Él es su Dios, y el plan de Dios es usar la crianza Cristiana provista por los padres creyentes para traer a los hijos a la salvación. Ese es el significado de la promesa dada a los padres en Proverbios 22:6: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él.” El Salmista da un buen resumen de la verdad de la solidaridad familiar en la fe cuando escribe: “Mas la misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen, y su justicia sobre los hijos de los hijos” (Salmo 103:17).

El patrón normal es que los hijos de los creyentes sigan en la fe y fidelidad de sus padres. En lugar de eso, cuando renuncian a la fe en palabras o acciones, algo anda mal en realidad.

Puesto que la Escritura establece una relación entre la crianza de los hijos y aquello que

resultan llegar a ser, tiene sentido para los padres Cristianos prestar mucha atención al como crían a sus hijos y asumir que hay algún defecto en su entrenamiento si los hijos se extravían. Aunque es posible, en el propósito soberano de Dios, que incluso un padre que es escrupulosamente fiel en la crianza de sus hijos pueda tener un hijo que termine fuera de la fe, los padres no debiesen evadir su propia culpabilidad.

¿Quién de nosotros hace una labor perfecta en la crianza de sus hijos? ¿Qué padre podría negar la probabilidad de que sus fallas, aún si son aparentemente pequeñas, puedan proveer una causa eficiente y de este modo una explicación suficiente por cualquier defecto de fidelidad por parte de sus hijos?

Una de las señales de la masculinidad es el asumir la responsabilidad por lo que va mal en aquello que se halla bajo nuestro cuidado. Cuando los hijos de una generación se extravían, lo mejor que podemos hacer es preguntarnos a nosotros mismos cómo podríamos estar fallando en nuestras obligaciones y como podemos ser incluso más fieles y habilidosos en nuestro llamado. Con esto en mente comencemos a considerar algunas de las posibles razones por las cuales las familias patriarcales están perdiendo a sus hijos.

HACER DEL PATRIARCADO UN ÍDOLO

El Señor dice: “Porque este pueblo se acerca a mí con su boca, y con sus labios me honra, pero su corazón está lejos de mí, y su temor de mí no es más que un mandamiento de hombres que les ha sido enseñado.” (Isaías 29:13)

El tipo de personas que leen una revista llamada *El Patriarca* no son exactamente aquellos Cristianos de la corriente dominante. Tenemos la tendencia de ser gente con una causa. Nuestra causa es la restauración del hogar Cristiano y la transformación de la iglesia, la nación, el mundo (y quizás las galaxias) por medio de un regreso a los patrones bíblicos de vida, comenzando con el regreso de los hombres a su llamado de liderazgo espiritual en sus hogares, y continuando con las prioridades peculiares como la educación en el hogar, el cortejo y la iglesia integrada por familias.

Seamos honestos: la gente como nosotros puede perder la perspectiva. (Pregúntele a cualquiera que no pensaría en leer una revista llamada *El Patriarca*.) Podemos llegar a creer que los principios y prácticas que exponemos son las cosas más importantes en la vida, y para nosotros nos parece que son exactamente eso.

Pero este es el problema: estas cosas no son el asunto más importante. Permítame explicar.

Uno de los pecados en la raíz humana es el orgullo. Nuestros primeros padres adolecían de ese pecado (“Seamos los jueces y determinemos quién está diciendo la verdad, Dios o Satanás.”), y es el pecado que se halla detrás de cualquier intento por parte de la humanidad de establecer su propio camino para resolver el problema del pecado y la miseria del mundo (ya sea por medio de la *jihad*, el yoga, el peregrinaje religioso, o la rectitud legalista.)

Usted y yo somos seriamente tentados a dejar que nuestro orgullo se pegue a la enseñanza y estilo de vida que llamamos patriarcado bíblico y convertirlo en un ídolo. Podemos intentar

resolver el problema del pecado y la miseria en nuestras familias a través del perfeccionamiento de la técnica en el uso de la vara, o por la escogencia del currículo perfecto para la educación en casa, o evitando los grupos juveniles de la iglesia, o dirigiendo a nuestros hijos al matrimonio a través del cortejo, o involucrándonos en una iglesia hogareña. Podemos fácilmente llegar a confiar en estas muy buenas decisiones relacionadas con el estilo de vida y en los principios bíblicos que creemos se hallan tras ellas como si estas cosas, por sí mismas, tuviesen el poder para transformar a nuestros hijos y garantizar que serán seguidores de Cristo. Pero no pueden hacer eso.

El peligro inherente de ser personas con una causa es que perdamos de vista nuestra Causa. El patriarcado Bíblico no es el significado de la vida para el Cristiano. “Para mí el vivir es Cristo...” (Fil. 1:21). El patriarcado Bíblico no es el secreto para garantizar que nuestros hijos caminen con Dios cuando hayan crecido. Cristo lo es. Es horrible pensar que, mientras nos concentramos en los ingredientes del estilo de vida total y bíblico que hemos aprendido, podamos perder de vista a Aquel que es la única fuente, guía y meta de la vida Cristiana, Cristo mismo.

Cuando Pablo escribió a los Corintios sobre su anterior visita a ellos dijo, “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado” (1 Cor. 2:2). ¡Vamos, Pablo! ¿Quién puede creer eso? Lee el resto de tu propia carta. Tú abordas una cantidad de cosas además de Jesucristo y su cruz: unidad en la iglesia, disciplina en la iglesia, manejo de controversias, matrimonio y soltería, carne e ídolos, cobertura de la cabeza, la Cena del Señor, dones espirituales, la resurrección, etc.

Obviamente Pablo no quiere decir que nunca aborda otros tópicos de importancia para los Cristianos. Lo que quiere decir es que no importa qué tópico trate, él quiere tratar con él en términos de su relación con Jesucristo y su expiación. No importa nada más. Nada tiene sentido si se considera aparte de Jesús. Y separados de Jesucristo todos estos asuntos importantes en realidad pueden convertirse en piedras de tropiezo que impidan el progreso en la vida Cristiana.

Pienso que una razón por la cual podemos estar perdiendo a nuestros hijos es que algunos de nosotros estamos intentando sustituir la persona y la obra de Cristo por un sistema religioso. Nos aseguramos de que nuestros hijos vistan de manera modesta, hacemos que lean a Elsie Dinsmore, no les permitimos tener citas, somos parte de una iglesia orientada a la familia, ¡pero olvidamos asegurarnos de que tengan una relación personal con Jesucristo!

Para mí el vivir es... ¿educar en casa? No. Educar en casa es una gran idea, y espero que usted lo practique, pero no es el todo y el fin último de la vida. Es lo mismo con los otros ingredientes de su estilo de vida. Jesús mismo es nuestra vida, y eso es lo que tenemos que comunicarles a nuestros hijos. De otra forma la educación en casa, el cortejo o cualquier otra cosa no les hará ningún bien último.

Sin duda que algunos Cristianos allá afuera piensan que el tipo de gente que lee la revista *El Patriarca* son solo personas extrañas que forman parte de una sub-cultura y que se han adherido a algunas costumbres de vida pasadas de moda. Piensan que nos encontramos cómodos creyendo que podemos traer de regreso los viejos días de antaño si adoptamos

suficientes prácticas del pasado. Piensan que estamos orgullosos de que hemos encontrado un estilo de vida más justo y que somos mejores que otras personas. El problema es que, puede ser que tengan razón... si no tenemos cuidado de mantener nuestra perspectiva.

Si hacemos un ídolo de lo que estamos llamando patriarcado, si en nuestro orgullo confiamos en nuestro sistema para salvar a nuestros hijos, entonces los perderemos a largo plazo. Nuestros hijos necesitan a Jesús. A menos que se les enseñe a conocerlo, y conocerlo para amarlo, y amarlo para obedecerlo, no caminarán con él cuando hayan crecido. Y veremos a estos chicos, educados en casa, dirigidos por el padre y practicantes del cortejo, extraviarse y alejarse de todo lo que hayamos tratado de enseñarles.

Isaías y los otros profetas a menudo nos advirtieron sobre los peligros de honrar al Señor con palabras y acciones externas pero fallar al no tener un corazón para Él. Aquellos de nosotros que abrazamos el patriarcado como una enseñanza bíblica debemos ser muy cuidadosos de no llegar a confiar en nuestras aplicaciones particulares del principio (“reglas enseñadas por hombres”) como si fuesen la misma palabra de Dios, como si fuesen, por sí mismas, el medio mismo de salvación.

Los sistemas no salvan, incluso los buenos sistemas bíblicos. ¡Jesús salva! Si estamos perdiendo a nuestros hijos, necesitamos considerar si quizás, en nuestro fervor por un nuevo camino de vida estamos dejando de presentarlos con Aquel que es la razón por la cual vivimos de la manera en que lo hacemos.

DEJANDO DE GANAR EL CORAZÓN

“Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida” (Proverbios 4:23).

Reb Bradley escribe (en este mismo número):

En palabras de una joven dama de 21 años, quien decidió seguir viviendo en casa bajo la autoridad de su padre después que su hermana mayor huyó un día, “Me quedo en casa, no porque me hayan convencido con la apologética bíblica, sino por amor. Amo a mi padre y no quiero deshonrarlo.”

Aún con el ejemplo negativo de su hermana mayor, aún cuando no estaba de acuerdo con la visión de su padre respecto a las hijas adultas, y a pesar del hecho de que tenía la edad en la cual la mayoría de muchachas en nuestra sociedad se encuentran fuera de casa, esta hija decidió no irse sino honrar los principios y deseos de su padre. E hizo esto simplemente porque amaba a su padre.

Un vínculo de amor – de corazón – con nuestros hijos es nuestra mejor garantía contra su “huída” de casa con exasperación y quizás contra el abandono de la fe Cristiana en el proceso. Estoy convencido que es la falta de este elemento en la relación padre-hijo la que explica en gran parte la deserción de los hijos mayores acerca de la cual escuchamos tan a menudo en la actualidad. Si un padre tiene el corazón de su hijo, eso servirá como preparación para muchas de las otras fallas en el proceso de entrenar a sus hijos.

Este vínculo de corazón es especialmente importante para las familias que creen en el patriarcado bíblico porque estamos buscando hacer que nuestros hijos caminen en un sendero estrecho comparado con el mundo alrededor e incluso comparado con la iglesia en general. Es difícil para nuestros hijos e hijas resistir las opiniones opuestas de aquellos que preguntan porqué se visten como se visten, porqué no tienen citas, porqué (las hijas mayores) viven todavía en casa en lugar de vivir fuera en la universidad o viviendo por sus propios recursos.

Los padres que crían a sus hijos de la manera en que todos lo hacen es poco probable que se encuentren con algo de descontento y resistencia a sus valores. ¡No hay nada que resistir! Los hijos hacen lo que todos los demás están haciendo. Pero aquellos padres que tienen un estándar más estricto tienen un reto mucho mayor cuando se trata de ganar a sus hijos para su punto de vista. De modo que la necesidad de una relación llena de amor es mucho más grande. El vínculo de amor con sus padres le ayudará a una hija a resistir las fuerzas que tenderán a extraviarla de su estilo de vida. En medio de una cultura enferma, mientras más alta sea la dosis de la medicina de la verdad, más se necesita la dulzura del amor para poder ser administrada.

John Thompson compartió conmigo un reciente e-mail en el que escribió, “La plenitud de verdad requiere plenitud de gracia para poder abrazarla, especialmente cuando hay poco o ninguna gracia de refuerzo que proviene de la cultura o algunas veces incluso de la iglesia. Para decirlo de otra manera, la instrucción y dirección Bíblica de nuestra familia va a exasperar a nuestros hijos en ausencia de una plenitud de gracia que mantenga sus corazones vinculados a Dios y a sus padres.” Bien dicho.

Hemos abordado antes la importancia de que los padres vuelvan sus corazones hacia sus hijos (cf. Mal. 4:6) y lo que esto significa (“El Corazón del Padre: La Prioridad # 1,” Edición 22). Desde el punto de vista Bíblico volver el corazón implica todos los elementos de criar a los hijos. Previamente resumimos estos elementos como “entrenamiento piadoso” y una “relación amorosa.” Estos conceptos son paralelos a la “plenitud de verdad” y a la “plenitud de gracia.” Vamos a tratar con posibles fallas en el entrenamiento en un artículo posterior. En nuestro contexto actual estamos abordando el lado relacional de “volver el corazón” y como una falla en esta área puede llevar a la pérdida de nuestros hijos.

Echemos ahora una mirada a cuatro ingredientes que forman parte del proceso de crear una relación de corazón con nuestros hijos.

Amor Encarnado

Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo... Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere... (Heb. 2:14ff).

Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el

oportuno socorro. (Heb. 4:15, 16).

Recientemente celebramos la Navidad, el festival Cristiano de la encarnación. Su mensaje es que Dios se hizo hombre con el propósito de salvar a la humanidad. La Palabra eterna, Dios el Hijo, tomó un cuerpo humano y un alma humana (“la Palabra se hizo carne,” Juan 1:14), y al compartir nuestra humanidad pudo llegar a ser nuestro Salvador. Llegó a ser como sus hermanos con el propósito de salvarlos, y puesto que compartió su naturaleza y experiencias, ahora puede simpatizar con sus necesidades y ellos pueden acercarse al Padre confiadamente por medio de Él.

Esta es la naturaleza del amor: entrar al mundo de los amados, compartir sus experiencias, entender sus necesidades, sacrificarse a favor de ellos, y de este modo brindar una ayuda que sea perfectamente adecuada para ellos. Y así como Dios nos ha amado, así debemos amar a nuestros hijos. Un padre necesita entrar en el mundo de sus hijos.

La primera cosa que un padre debe hacer para mostrar a sus hijos un amor que se encarna es aprender qué hay en sus corazones. Necesita ver la vida desde su punto de vista. Necesita entender lo que piensan y sentir lo que sienten. Necesita descubrir qué hay en sus corazones, lo que valoran, lo que motiva sus acciones y moldea sus emociones.

De modo que, ¿Cómo obtiene el padre este tipo de entrada al mundo de sus hijos? ¿Cuál es el secreto para entrar a los lugares ocultos de sus corazones? Es muy simple: escucha.

Cuando los hijos quieren hablar sobre sus actividades y relaciones, él escucha. Cuando no quieren hablar de estas cosas pero necesitan hacerlo, él pacientemente las extrae con preguntas, y luego escucha. Y a medida que escucha los mira para observar su comunicación no verbal y para asegurarles que está prestando total atención a lo que tienen que decir. Escuchar es una manera muy efectiva de penetrar el corazón de otra persona y comunicar amor.

De vez en cuando me sorprende al escuchar que una persona que he visitado le dice a una tercera persona que “realmente tuvimos una buena conversación,” aún cuando pasé un 90% del tiempo en esa “conversación” escuchando a la otra persona y puede que no haya ofrecido ninguna información significativa con respecto a mí mismo en lo absoluto. Pero esta es la manera en que esto funciona. La gente se siente amada y afirmada cuando les escucha hablar acerca de cualquier cosa que sea importante para ellos.

Ahora es casi un cliché hablar de cuán poco tiempo el padre promedio pasa en conversación con sus hijos cada día. Uno esperaría que los padres que practican la educación en el hogar pasaran más tiempo que el promedio. Pero, ¿en qué se pasa ese tiempo? ¿Se pasa dando directrices, impartiendo conferencia, amonestando o se pasa indagando y escuchando a sus hijos e hijas?

Una segunda cosa que un padre puede hacer para mostrar un amor que se encarna es compartir lo que hay en su corazón con sus hijos. Aunque escuchar es algo vitalmente importante, la comunicación es una calle de dos vías, y si un padre ha de ganar el corazón de sus hijos e hijas debe exponerles a sus propios pensamientos y sentimientos, deseos y

creencias.

Demasiados de nosotros padres somos reacios a abrirnos con alguien, incluso con nuestras esposas; y puede ser incluso más difícil con nuestros hijos. Otro cliché con respecto a los hombres contemporáneos es cuán pobres son en la comunicación. Es bastante cierto. Pero necesitamos estar comprometidos a vencer nuestra vacilación natural y a compartir con nuestras familias lo que esté sucediendo en nuestro interior.

¿Cómo llegará alguna vez su hijo a compartir su fe en Dios si nunca le escucha a usted hablar de cuánto esta significa para usted? ¿Cómo llegará su hija a abrazar su deseo de protegerla si no le explica cuánto la valora y por qué quiere Ud. guardarla?

Permita que sus hijos sientan la pasión y escuchen el pensamiento que haya en su interior. A medida que se abra a ellos las fibras de sus corazones inevitablemente tendrán la tendencia a vibrar en armonía con el suyo. Pero si nunca escuchan los sonidos de su corazón, probablemente estén más a tono con los sonidos de otro, y quizás no con alguien a quien debiesen estar escuchando.

Una tercera cosa que un padre puede hacer para mostrar un amor que se encarna es mostrarles un afecto cálido a sus hijos. No hay una manera más efectiva para entrar al mundo de otra persona y mostrar aceptación y amor que con un toque cariñoso. Somos seres físicos y el contacto físico comunica de una manera que también toca el corazón. Jesús ponía sus manos sobre las personas cuando las sanaba, y puso manos sobre los niños cuando los bendecía (Mat. 19:14, 15). Aunque la mayoría de los hombres no necesita aliento para poner sus manos sobre sus esposas, el afecto físico puede que no fluya tan naturalmente cuando se trata de los hijos.

El contacto físico vence las barreras entre las personas. Piense en el apretón de manos cuando se encuentra con un extraño; de alguna manera es menos extraño después. O considere el mensaje del “ósculo santo” (un suave abrazo) intercambiado con otros creyentes en la reunión de la iglesia. Cuánto más importante es acercar a nuestros hijos a nosotros con un abrazo, un beso, una palmada en el hombro, un suave apretón. El ganar a nuestros hijos a un compromiso con Jesús de por vida ciertamente requerirá más que abrazos, pero es dudoso que podamos tener éxito sin tales expresiones de amor.

La fe Cristiana no es, primero que todo, un compromiso ideológico; es una realidad que se encarna. La Palabra se hizo carne... por nosotros. Los padres efectivos imitarán a Dios encarnando su amor por sus hijos de corazón a corazón y de piel a piel.

Gracia que Sobreabunda

Más cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia. (Rom. 5:20)

Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. (Efesios 2:8, 9)

Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. (1 Juan 4:19)

¿Por qué ama usted a Dios? Porque él le amó a usted primero. Su amor por Él es una respuesta a Su amor por usted. Dios le vio perdido en su pecado y miseria, y mientras era usted su enemigo, Él envió a Cristo a morir por usted. Dios toma la iniciativa en el amor.

Su gracia vence su pecado y su oposición a Él. Su pecado no podría hacer disminuir Su amor por usted. De hecho, donde abunda el pecado la gracia de Dios abunda mucho más. No hay forma de disuadirle. Él está determinado a vencer su pecado con su gracia.

Esto significa que no hay nada que pueda hacer que haga que Dios le ame más. Usted es aceptado en Cristo y no podría ser más aceptable de lo que ya es en Él. Tampoco hay nada que pueda hacer que haga que Dios le ame menos. Todos sus pecados son perdonados, clavados en la cruz, y Él no ostenta ninguno de ellos en su contra. Eso es gracia. Sus obras no ganan Su favor; Su favor es un don, dado por medio de Cristo.

La respuesta natural a tal favor inmerecido es la gratitud. "¡Gracias a Dios por su don inefable!" (2 Cor. 9:15). Y la gratitud lleva a la adoración y la obediencia. La motivación para vivir la vida Cristiana es un profundo aprecio a Dios por su gracia.

Nosotros los padres debemos demostrarles a nuestros hijos el amor de Dios lleno de gracia si esperamos que permanezcan fieles a nosotros y al Señor. Nuestra actitud hacia nuestros hijos e hijas debe ser siempre de aceptación, no necesariamente, claro está, de aprobación de su conducta, sino aceptación de sus personas. Nuestra desaprobación por su mala conducta y actitudes debe expresarse en el contexto de una completa afirmación de nuestra relación con ellos. La gracia sobreabundante se acerca al pecador con una determinación a ganarlo por medio del amor a la vida santa.

Una de las actitudes más destructivas que un padre puede exhibir, y una que ciertamente herirá los corazones de sus hijos y que les alejará (emocionalmente, si no es que físicamente), es la actitud de amor condicional: "Te amaré si estás a la altura de mis estándares." Imagine si el Señor hiciera eso con nosotros. ¿Le amaríamos? No, le temeríamos, vamos a querer alejarnos de Él, y nos desesperaríamos y desalentaríamos dado que sabríamos que nunca podríamos agradecerle. Tal es la triste posición de un niño cuyo padre comunica un amor condicional.

Doug Wilson ha sugerido que la manera más segura de alejar a nuestros hijos de nosotros y de nuestra fe Cristiana es criarles con una "ética del deudor" en la que siempre están atrasados con los pagos, siempre debiéndonos más para poder ser aceptados, siempre fracasando al no llenar nuestras expectativas. Por otro lado, dice él, al criar a nuestros hijos en una atmósfera de eficacia la gracia sobreabundante crea gratitud y lealtad hacia nosotros y nuestro Señor.

Un peligro muy real de nuestro estilo patriarcal de vida es que enfatizamos tanto nuestros elevados estándares de conducta que les comunicamos un espíritu de juicio a nuestros hijos. Sienten que nunca pueden estar a la altura. Se exasperan porque no pueden ganar nuestro amor, y tarde o temprano pueden desalentarse y dejar de intentarlo. Luego están maduros y listos para la influencia de alguien que les dé el amor que anhelan.

Nuestros principios y sus aplicaciones pueden convertirse en instrumentos de muerte si no son comunicados con amor. Recuerde, la plenitud de verdad requiere plenitud de gracia para que sea aceptada. Muchas familias están perdiendo a sus hijos, no porque sus estándares no fueran lo suficientemente altos, ni porque realmente fueran demasiado elevados. Están perdiendo los hijos porque sus estándares no son comunicados en una atmósfera de gracia sobreabundante.

¿Creen sus hijos que no hay nada que puedan hacer para que Ud. les ame más y que no hay nada que puedan hacer para que Ud. les ame menos? Solo la respuesta de esa pregunta puede proveer la información más importante que Ud. pudiera tener acerca de las perspectivas futuras de la fe sus hijos.

EXHORTACIÓN APASIONADA

Dame, hijo mío, tu corazón, y miren tus ojos por mis caminos. (Prov. 23:26)

...así como también sabéis de qué modo, como el padre a sus hijos, exhortábamos y consolábamos a cada uno de vosotros, y os encargábamos que anduviéseris como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria. (1 Tes. 2:10-12)

El libro de Proverbios es escrito por un padre a su hijo joven adulto con el objeto de guiar al joven con sabiduría a medida que toma su lugar en el mundo. Una y otra vez leemos apelaciones tales como esta: "Oye, hijo mío, la instrucción de tu padre, y no desprecies la dirección de tu madre" (1:8). El clamor del corazón de este padre alcanza su clímax cuando dice, "¡Dame, hijo mío, tu corazón!" (23:26).

A lo largo de la Biblia encontramos que es responsabilidad del padre instruir a sus hijos en los caminos del Señor (Gén. 18:19; Efe. 6:4). Pero esta enseñanza no ha de ser la mera transmisión de hechos de un cerebro a otro, como si la verdad fuese solo información. No, la fuente de la verdad es Dios, y ella siempre requiere una respuesta personal para con Dios. Jesús dijo, "Yo soy el camino, la verdad y la vida" (Juan 14:6). Cuando encuentra la verdad, encuentra a Dios y aprende el camino a la vida.

De modo que uno de los llamados de la paternidad es alentar en nuestros hijos la gozosa responsabilidad de caminar en el sendero de la sabiduría y la vida, a "caminar como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria." Los padres debiesen ser fervorosos en sus apelaciones, poniéndose a la par de sus hijos e hijas y señalarles la dirección correcta, encargándoles que sigan el sendero de la sabiduría, alentándoles en su caminar con Dios.

Quizá una de las razones por las cuales los padres no ganan los corazones de sus hijos es porque fallan en la responsabilidad de la exhortación. Su instrucción, cuando la llevan a cabo, yace seca y sin pasión en el piso de la sala. Los hijos nunca tienen la impresión de que las cosas que les son enseñadas importan en realidad. Las cosas que importan engendran pasión, y la pasión apela a otros a compartir esa pasión.

Los padres debiesen estar diciendo, "Mírame, sígueme, vive como yo vivo, ama a Dios

como yo lo amo. Dame tu corazón y, como yo, dale tu corazón al Señor."

La transmisión exitosa de la fe Cristiana siempre implica un corazón invitando a otro corazón hacia el corazón de Dios.

Continuaremos con este tema en nuestra próxima edición.